

**TONI MONTESINOS**

# **NO HABRÁ MUERTE LETRAS DEL GULAG Y EL NAZISMO**

**De Borís Pasternak a Imre Kertész**



**fórcola**

NO HABRÁ MUERTE



Toni Montesinos

NO HABRÁ MUERTE

Letras del gulag y el nazismo.  
De Borís Pasternak a Imre Kertész

**fórcola**  
Siglo XX

## **Siglo XX**

Director de la colección: Fernando Castillo

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Composición digital: Pablo Barrio

Detalle de cubierta:

«Los cuervos», Campo de concentración de Dachau,  
Múnich.

© Jaime Massa, 2018

© Toni Montesinos, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

c/ Querol, 4 - 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

ISBN: 978-84-17425-62-3

Edición digital ePub, 2020

En recuerdo de mi abuela Antonia García García (1910-1992), que esperó en vano la vuelta entre los vivos de su marido, soldado republicano *desaparecido* en 1939. En memoria también, por tanto, de ese abuelo mío, Antonio Montesinos López, que *no* murió.

**NO HABRÁ MUERTE**  
**Letras del gulag y el nazismo.**  
**De Borís Pasternak a Imre Kertész**

TERRORES REVOLUCIONARIOS, DEL COMUNISMO Y  
DEL GULAG

«No hay de qué preocuparse. La muerte no existe. La muerte no es algo nuestro. Ha hablado de talento, y eso sí que es otra cosa, algo nuestro, somos nosotros quienes lo hemos descubierto. Pero el talento, en su significado más elevado y más amplio, es el don de la vida.

No habrá muerte, dice san Juan Evangelista, y escuche la simplicidad de su argumentación. No habrá muerte porque lo que fue ya ha pasado. Es casi como decir: no habrá muerte porque esto ya lo vimos, es viejo y aburre, y ahora es preciso algo nuevo, y lo nuevo es la vida eterna.»

BORÍS PASTERNAK, *El doctor Zhivago*

## Las vías hacia el comunismo

ABRIL DE 1917. Europa está librando una guerra fratricida que va a marcar el destino de todo el continente. En uno de sus extremos, la Rusia de los zares agoniza. Es también el año de la Revolución rusa, que ha estallado en febrero, con grandes movilizaciones en la capital, Petrogrado. Noticias que llegan a uno de los exiliados más famosos del momento, Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, que ante tamañas novedades regresa a Rusia en tren desde la Suiza en donde ha estado viviendo. Para el líder bolchevique no se trataba del primer exilio, pues en el tiempo de sus estudios universitarios había sido arrestado y enviado tres años a Siberia. Ahora, en ese 1917, el zar abdica, el país se transforma en una república, los exiliados se apresuran a volver y el júbilo se apodera de las clases populares.

El caso es que, como cuenta Catherine Merridale en *El tren de Lenin. Los orígenes de la Revolución rusa*, Lenin, «antes de finalizar el año, pasaría a ser el amo y señor de un nuevo estado revolucionario» haciendo de un conjunto de pensamientos escritos cuarenta años atrás por Karl Marx toda una «ideología de gobierno. Creó un sistema soviético que llevaría las riendas de un país en nombre de la clase trabajadora, estableciendo la redistribución de la riqueza y promoviendo diversas transformaciones

igualmente radicales tanto en el campo de la cultura como en el de las relaciones sociales». Cambios que trascenderían sus fronteras y que, ya convertidos en un ideario político con el nombre de «leninismo», se convertirían en «el anteproyecto ideal para los partidos revolucionarios del mundo, desde China y Vietnam hasta el Caribe, pasando por el subcontinente indio».

Todo esto empezaría, a ojos de Merridale, en «ese viaje trascendental en tiempos de la Gran Guerra». Un contexto este que no deja de recibir atención investigadora y acomodo editorial y que, durante el 2017 y años anteriores, obtuvo una mayor atención si cabe al sucederse los trabajos destinados a conmemorar la Revolución rusa de un siglo atrás. En aquel año estaba la clave, de lo pasado y de lo futuro. Novedades como un libro que contaba lo que le ocurrió a la nobleza rusa tras la revolución firmado por Douglas Smith, un tema tabú incluso en el propio país, al menos hasta la Unión Soviética de Gorbachov, *El ocaso de la aristocracia rusa* -faltaba incursionar en una clase perseguida y finalmente silenciada que aquí surge en el reverso de sus privilegios: sufriendo lo indecible-, y revelaba cómo la Rusia feudal, repleta de campesinos en situaciones de esclavitud bajo las órdenes y la explotación de los ricos, atravesaba las revoluciones de 1905 y 1917 y el llamado Terror Rojo de 1918 en contra de los «enemigos del pueblo». La solución estaba clara: acabar con todos aquellos que hubieran aplastado al proletariado, lo que acabaría de raíz con una sociedad fuertemente

jerarquizada y en la que, de repente, los huidos y desposeídos de todo lo que tenían eran los ricos; algo que sucedería en verdad desde «una mentalidad inmisericorde y maniquea que condenaba a colectivos enteros a una represión despiadada e incluso a la muerte», aseveraba el autor.

Contemplar esta situación es primordial para embarcarnos en ese tren con Lenin e ir intuyendo lo que éste anhelaba cuando retomó su liderazgo hasta ser el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética desde finales de 1922 hasta inicios de 1924. Atravesando Alemania, tardaría ocho días en llegar a Petrogrado (hoy San Petersburgo) en condiciones durísimas. Un recorrido que la propia Merridale (1959), profesora de Historia Contemporánea en la Queen Mary University de Londres y especializada en historia rusa, quiso realizar para entender mejor cómo fue este exitoso regreso de un Lenin que iba a cambiar el destino de su país para casi lo que quedaba de siglo. Más de tres mil doscientos kilómetros desde Zúrich que hoy se pueden hacer con seguridad y comodidad, pero que hace cien años Lenin protagonizó en una Europa llena de peligros que iba a ver cómo los bolcheviques ganarían la guerra civil, un conflicto de lucha de clases que se libró por medio de ejércitos numerosos, próximos a los campesinos y con una fuerte propaganda detrás.

Pudo seguirse la pista de todo ese proceso mediante un libro que se publicó en 1987, es decir, aún con el sistema

soviético vivito y coleando aunque ya en su crepúsculo –y que vio una reedición, naturalmente, en 2017–, de Evan Mawdsley, *Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa*, que profundizó en el complejísimo entramado bélico que asoló al gigante ruso durante los años 1917-1920. Era tal su complejidad que, como dijo el autor, los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de fechar el inicio de la guerra (la mayoría, en el verano de 1918, relacionándola con un levantamiento de las tropas checoslovacas en mayo). Sin embargo, Mawdsley la situó en la Revolución de Octubre de 1917: «El espectro de un enfrentamiento entre rusos había acechado en segundo plano desde el derrocamiento del zar en febrero, pero el desencadenante de la apocalíptica lucha final, que duraría tres años y costaría más de siete millones de vidas, fue la toma de poder del partido bolchevique en Petrogrado». Ocupaban el poder ciudadanos de a pie que habían sido coordinados por los bolcheviques, «pero actuaban en nombre de los sóviets», esto es, los consejos de obreros y soldados.

Los revolucionarios no tardarían en asentar su dominio en gran parte del territorio, a lo que siguieron las elecciones de noviembre a la Asamblea Constituyente de toda Rusia. La victoria fue para el partido socialista de los campesinos (la mayoría social) por encima del marxista-bolchevique (centrados en las ciudades). La votación demostraba un país escindido, además con un minoritario partido constitucional-demócrata que rechazaba las reformas sociales y abogaba por la guerra y que era visto

como reaccionario, y por otra parte, también con los mencheviques, la fracción moderada del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Con toda esta amalgama de diferentes tendencias políticas en un lugar con muchas minorías -ucranianos, bielorrusos...-, y la paradoja de que el partido mayoritario era ajeno al poder por su extracto social frente a la clase urbana que había regido el destino del país, el conflicto estaba servido.

Mawdsley seguía las diferentes etapas de dicho conflicto en un imperio que «era el mayor país de la Tierra y se extendía a lo largo de ocho mil kilómetros desde las trincheras de Occidente hasta la costa del Pacífico». Y es que tanto en la periferia como en Petrogrado los enfrentamientos entre soviéticos y antibolcheviques se sucederán, e incluso Lenin llegará a afirmar que la guerra había acabado ya en la primavera de 1918 a partir de ser eliminado un importante contrarrevolucionario. Pero las cosas se complicarían aún más. El tratado de Brest-Litovsk, en el que Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia o Lituania, entre otros, que quedaban bajo el mando de las Potencias Centrales -la coalición formada por los Imperios austrohúngaro y alemán durante la Gran Guerra, a la que se añadiría el Imperio otomano y el Reino de Bulgaria- supondrían «un punto de inflexión en la vida política de la Rusia soviética», como afirma el historiador. Muchos bolcheviques, así, se negaban a tal acuerdo de paz con los alemanes; unas diferencias internas que darían paso a un

cierre de filas y a que Lenin restringiera debates públicos al respecto: era el origen del Estado autoritario.

También, el momento en que fuerzas extranjeras se introducían en la Guerra Civil rusa, con la ocupación de tropas alemanas, austríacas y turcas en diecisiete provincias rusas; con el añadido de que Gran Bretaña y Francia tomaron espacios del Cáucaso y Ucrania, situación que se hizo más complicada si cabe cuando el 25 de mayo de 1918 se produjo una gran contienda en Siberia occidental entre la Legión Checoslovaca y las fuerzas soviéticas, expandiéndose a lo largo de casi ocho mil kilómetros, la que coincidía con la ruta del ferrocarril Transiberiano. Lenin veía en todo ataque una ofensiva del imperialismo anglo-francés, y por eso se ha dicho erróneamente que la Guerra Civil rusa empezó con la intervención aliada en el verano de 1918. Con todo, aún habría por delante dos años más de hostilidad aliada contra la Rusia soviética hasta que Lenin pudo decir, en el teatro Bolshói de Moscú, en noviembre de 1920, que, en una sangrienta lucha de los obreros, de victoria en victoria, «la República de los sóviets ha vivido y combatido, sosteniendo en sus manos tanto el martillo como el fusil».

Hay sitios, lo demuestra Merridale, que actualmente recuerdan el paso del político cuya alusión al martillo y al fusil hace evocar la bandera de la URSS, la cual tendría una primera versión en diciembre de 1922, durante el I Congreso de los Sóviets de la URSS, donde se establecería su estandarte rojo pero en la que no aparecía aún la hoz y

el martillo (hasta un año después no se incorporaron estos dos elementos), herramientas que simbolizaban la unidad del proletariado industrial y el campesinado, respectivamente. Pues bien, uno de esos sitios es la estación de Haparanda, en Suecia, donde la autora comprobó que Lenin ahora recibe una mezcla de veneración crepuscular o indiferencia según donde se encuentre. Algo que se pondría más de manifiesto el otoño del mismo año 2017 en que se celebraba la onomástica revolucionaria, al ser el líder bolchevique «una presencia incómoda en la Rusia de Vladímir Putin», ya que éste «se atrevió a acusar a Lenin de socavar la unidad de Rusia fomentando la aparición de movimientos en pro de la autonomía nacional en el viejo imperio zarista». Unas declaraciones que fueron tan impactantes en su día (enero de 2016) para su país que el presidente tendría que retractarse.

En todo caso, dice Merridale -que en *La guerra de los Ivanos* estudió el ejército soviético de Stalin y sus acciones contra el nazismo, destacando en ello los soldados comprometidos, la gran disciplina y el control político-, que para confeccionar su libro no iba a rastrear al Lenin que disfrutaba del piano o del ajedrez, sino «al hombre con aquella energía arrolladora, fría e implacable» que un día escribió que no hay que acariciar a nadie porque te pueden morder: «Has de pegar a la gente en la cabeza sin piedad ninguna». Y a fe que lo hizo, mediante una dictadura represiva, marcada por la censura de prensa, la abolición

de las libertades políticas y la tortura y el asesinato a todo el considerado adversario del Estado. Una serie de estaciones autoritarias cuyo primer tramo nació sobre las vías de un tren que atravesaba una Europa en llamas y que transportaba a alguien que, nada más llegar, ya demostró su talante despreciando las flores que una mujer le regalaba y diciendo que su recibimiento «apestaba a pompa burguesa y a orgullo».

Esta mirada corrosiva, agria, hacia una realidad que cierta parte de la población quería transformar es algo que pudo comprobar Ángel Pestaña, un sindicalista que acusó a Lenin de autoritarismo y de torturar a su pueblo por falta de libertad y permitir que pasara hambre, como se pudo leer en su libro *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*, fruto de un viaje a Moscú en 1920: «En aquel primer contacto que tuvimos con la realidad revolucionaria, sin prismas que la decolorasen, ni velos que la cubriesen, comenzamos a vislumbrar la tragedia rusa. Lo que más nos impresionó fue la seriedad, la tristeza que se reflejaba en todos los rostros», apuntaba este anarquista de León, relojero de profesión y periodista obrero autodidacta. Y añadía: «Ni una sonrisa, ni un relámpago de alegría, ni la más imperceptible manifestación de contento. Nada. Un rictus de tristeza, de profunda tristeza, lo único que podíamos contemplar. Y un silencio impenetrable. Parecía que aquellas bocas no hubieran hablado ni reído nunca».

Pestaña iba a pisar ciudades como Petrogrado, «en que están por doquier los retratos de Marx, Lenin, Trotski y del

también revolucionario bolchevique Zinóviev, gran amigo de Lenin, que acabaría asesinado en las purgas de Stalin», y comentaría «las tretas y engaños de los bolcheviques», comprobando que la práctica del comunismo se hacía a favor del Estado, no del individuo. A esa práctica consistente en que el Estado lo confiscaba todo, se apoderaba de todo, en principio para disponer las cosas en favor de la comunidad, Pestaña la llamó colectivismo y no comunismo, pues «mientras haya clases, diferencias sociales o categorías, el comunismo no es posible». No se podía decir más claro, ni estar más en contra del régimen que imperaba allí.

Este mismo desengaño frente a la realidad política rusa también lo sufriría Emma Goldman, que tal vez junto con la obra de Pestaña es la autora del mejor texto posible sobre la Revolución rusa y sus terroríficas consecuencias. De principio a fin, *Mi desilusión en Rusia* es una visión completa, directa, irrefutable de cómo «la Revolución rusa -más concretamente los métodos bolcheviques- ha demostrado concluyentemente cómo no debe llevarse a cabo una revolución», como dice en una nota fechada en 1925. Inicialmente, Goldman había tenido el afán de colaborar con los bolcheviques a pesar de ciertas divergencias, pero «uno no puede haber vivido dos años de terror comunista, de un régimen que implica la esclavización de todo un pueblo, la aniquilación de los valores más fundamentales -humanos y revolucionarios-, dos años de corrupción, de mala gestión». Lo que da en

llamar experimento ruso demostraba así que el gobierno sólo estaba atento al derramamiento de sangre como factor de imposición, algo que se intensificaría incluso tras la muerte de Lenin.

En 1919, junto con otros doscientos cuarenta y ocho prisioneros políticos, Goldman había sido expulsada de Estados Unidos, adonde había llegado con dieciséis años desde su Lituania natal, tras desarrollar actividades de corte libertario -había sido encarcelada en Chicago por agitadora- y ser la pareja del anarquista condenado Alexander Berkman, entre otros motivos. Cuando se tramitó su deportación a Rusia, J. Edgar Hoover, presidente del Departamento de Justicia y futuro jefe del FBI, la llegó a calificar como «una de las mujeres más peligrosas de América». Empezaba así una experiencia que la llevaría a conocer a fondo la realidad rusa de esos años, hasta que participó en la sublevación anarquista de Kronstadt, lo que implicó romper definitivamente con los bolcheviques.

No lo tuvo fácil; al publicar sus artículos sobre lo que vio en 1922, fue atacada desde todos los frentes, pero ella persistió, «convencida de que llegaría el tiempo en que caería la máscara del falso rostro del bolchevismo y el engaño quedaría al descubierto». Por ello su libro constituye hoy para nosotros un tesoro documental para entender cómo los bolcheviques usaron la supresión de la libertad de prensa, la censura, el reclutamiento militar o los trabajos forzados para conseguir sus fines, que disimularon mediante argucias propagandísticas. Lo que da

en llamar «maquinaria siniestra» estaba destrozando el país. Goldman, que realizaría tres viajes a España para colaborar con los republicanos durante la Guerra Civil, describe con transparencia un territorio en ruinas, un Petrogrado y otros muchos rincones llenos de gente como «muertos vivientes», donde la miseria y la hambruna más escalofrantes eran la demostración de una desigualdad que no sólo no habían solucionado los bolcheviques, sino producido y mantenido cruelmente con el pretexto de preservar ciertos ideales políticos.

En semejante alud de acontecimientos las consideraciones morales y los partidismos se cuelan hasta en la historiografía (y por ello un libro como el de Goldman es tan valioso, al ser impecable por su realismo, información y clarividencia histórica, explicando con tanta sencillez y claridad las situaciones sociopolíticas que da la sensación de tener la verdad al alcance, más si cabe cuando quedan equilibrados perfectamente la vivencia personal y el análisis político, además de abarcar muchos territorios y ámbitos de la realidad rusa). Consciente de ello, Julián Casanova escribió *La venganza de los siervos. Rusia 1917* para explicar las contradicciones y la complejidad de las crisis que sufrió Rusia desde 1914 a 1921, con las dos revoluciones de 1917 en paralelo a la agonía de todo un *modus vivendi* nacional tras la abdicación del zar. La nobleza que controlaba el país no sólo tiene los días contados, sino que pone en peligro su vida permaneciendo allí, como pudo leerse en el libro de

Douglas Smith en torno a la Rusia de la primera mitad de siglo xx, la primera vez que, en cualquier idioma, se publicaba un estudio sobre lo que le ocurrió a la nobleza rusa tras la revolución.

Antaño empleado para el Departamento de Estado estadounidense en la URSS, Douglas Smith tuvo acceso a documentos orales y escritos de indudable valor por parte de los descendientes de todos aquellos aristócratas, componiendo uno de esos proyectos inabarcables, pues, tal como se pregunta él mismo, cómo describir el aniquilamiento de toda una clase. El hecho de seguir los pormenores de dos familias y los casos que se iban ramificando -asesinatos, destierro, cárcel, exilio...- le ayudaba tanto a detallar las acciones monstruosas de los bolcheviques como a explicar la forma en que distintas generaciones de nobles tuvieron que adaptarse al orden nuevo que se imponía en Rusia, primero con Lenin -él mismo de familia acomodada- y luego con Stalin. El autor, doctor en Historia por la Universidad de California-Los Ángeles y autor de cuatro obras sobre Rusia, convertía este tema en un material de recuperación histórica y, mediante el relato de los años vividos por los Sheremétev y los Golítsin, lograba hacer un fresco portentoso de la sociedad de la época, fuertemente jerarquizada, y el proceso por el que las gentes acomodadas tuvieron que huir, fueron desposeídas de todo lo que tenían y, en no pocas veces, perdieron la vida de forma violenta.

## Un *Crimen y castigo* revolucionario

ASÍ LAS COSAS, los que antes habían sido los siervos se habían vengado. Y a eso remitía el título de Casanova, que se abría con un epígrafe del príncipe Lvov, jefe del Gobierno Provisional, en junio de 1917, en el que les decía esto a sus ministros: «Es la venganza de los siervos [...] el resultado de nuestro -y ahora hablo como un terrateniente- pecado original [...] el comportamiento tosco y brutal durante siglos de servidumbre». Y en verdad, como se desprende de la exposición de diferentes etapas políticas que hizo Isabel Vicente en su edición de *Crimen y castigo*, en paralelo a la vida de Dostoievski (nacido en 1821), Rusia «era un inmenso imperio semifeudal» en el que la aristocracia latifundista era tanto dueña de las tierras como de sus trabajadores: «Los siervos podían ser vendidos, comprados, regalados, apaleados e incluso muertos por sus amos que, a su antojo, hacían de ellos campesinos (la gran mayoría), obreros (cuando la industria naciente empezó a necesitarlos) o soldados por el tiempo que quisieran». Si los campesinos se rebelaban, eran asesinados; si los soldados se rebelaban, eran asesinados; más si cabe cuando Nicolás I ocupó el trono tras la inesperada muerte del zar Alejandro I en 1825, y a mediados de siglo endureció su política fijándose «en los colectivos docentes

y educativos, la literatura y el periodismo», la llamada «época de terror de la censura», apunta la traductora.

Frente a estos hechos, a los que se añade que Alejandro II, en los años cincuenta y sesenta, sofocó nuevas sublevaciones matando a centenares de campesinos que consideraban insuficientes las reformas que se estaban llevando a cabo, al tiempo que la llegada de la industria, durante las dos décadas siguientes, lo único que hizo por la población fue generar jornadas interminables a cambio de sueldos irrisorios, las palabras anteriores del príncipe Lvov sonaban a gran arrepentimiento. Ya Lev Tolstói, en *Resurrección*, había advertido que la causa principal de la miseria de la gente era que «los propietarios les arrebataban aquellas tierras que les serían suficientes para alimentarse», de modo que no extraña que Lvov llegara a tener la consciencia de haber abusado de la población y de no haber tenido la astucia de manejarse al respecto como en otros países avanzados: «Si Rusia hubiera sido bendecida con una verdadera aristocracia terrateniente, como la de Inglaterra, que tuvo la decencia humana de tratar a los campesinos como personas en vez de como perros... entonces quizás las cosas podrían haber sido diferentes». Pero no lo fueron, como una gran cantidad de publicaciones ha venido demostrando, a la busca de entender cómo se cimentó y desarrolló ese período crítico de una nación tan poderosa.

De hecho, Casanova se propuso «captar y sintetizar, en apenas doscientas páginas, las decenas de miles,

imprescindibles, que se han escrito por diferentes especialistas. Es lo que intenta este libro, que incorpora y combina mis investigaciones y enseñanzas, mis deudas intelectuales con reconocidos historiadores», y de esta manera facilitar al lector en español visiones historiográficas inaccesibles para él. A propósito de ese cambio de rumbo historiográfico al que antes hacíamos alusión, contaba el autor que, «tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, y la consiguiente apertura de archivos, surgió una nueva generación de historiadores que rechazó los estereotipos ideológicos que habían dominado hasta entonces, tanto en la historiografía oficial soviética como en la anticomunista».

Así, se dejaba de prestar tanta atención a las rebeliones de las clases intelectuales o de obreros contra la autocracia zarista, que simbolizaba el orden social y el sistema de terratenientes, y se estudiaba por fin «la vida cotidiana y las acciones de la gente común». Se producía, como remarca Casanova, «un cambio de rumbo del reino de lo material y político hacia lo cultural y antropológico», atendiendo a la vez la variedad de identidades sociales y culturales en torno a un país descomunal, multiétnico, que había que atender más allá del centralismo de San Petersburgo o Moscú. Y tal cosa es fundamental, porque de este modo se podía conocer más y mejor un país donde la violencia era todo un modo de vida para el campesinado ruso, como han demostrado recientes investigaciones.

Sin ir más lejos, en *La venganza de los siervos* el lector pudo asomarse a unas condiciones de vida en las que se estaba gestando la futura rebelión que eclosionaría en toda una revolución. Y es que, para entender lo ocurrido a inicios de siglo xx en tierras rusas, conviene indagar en cómo en el xix «el régimen zarista marginaba al campesinado», como dice el historiador, el cual «vivía en general una vida de pobreza y privaciones, que se manifestaba, por ejemplo, en la tasa más alta de mortalidad infantil de todos los imperios europeos». Es, pues, toda una falacia cierta visión de arcadia feliz, como la descrita por ciertos autores románticos; en realidad, era un ambiente «donde las mujeres eran meros objetos que podían ser golpeados y humillados por sus maridos» y donde había crueles castigos para aquellos que transgredieran las normas.

El problema, si se nos permite calificarlo así, es que intelectuales de renombre internacional dieron pábulo a esa visión, como el Bertrand Russell que aseguró que «la Revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos heroicos de la historia del mundo. Resulta natural compararla con la Revolución francesa, pero es en realidad algo de importancia aún mayor. Ha hecho más por cambiar la vida cotidiana y la estructura de la sociedad: ha hecho también más por cambiar las creencias de los hombres». El filósofo inglés -que pese a no tener obra literaria ganó el Premio Nobel de Literatura en 1950- hablaba en estos términos en su libro *Práctica y teoría del bolchevismo*, que

escribiera a su regreso de un viaje a Rusia en 1920, donde pudo entrevistarse con Lenin y Gorki y, por otra parte, ver desinflada su admiración por la revolución en cuanto el fanatismo, la propaganda política y el totalitarismo se asentaron como los elementos instrumentales de la nueva realidad socialista.

Russell ejemplificaba el contraste entre ambas revoluciones de una manera harto extraña, comparando a Karl Marx con Jean-Jacques Rousseau: «Este último, sentimental y blando, apelaba a la emoción y difuminaba los contornos nítidos; el primero, sistemático como Hegel, lleno de recio contenido intelectual, apelaba a la necesidad histórica y al desarrollo técnico de la industria, y sugería una concepción de los seres humanos como marionetas en las garras de las fuerzas materiales omnipotentes. El bolchevismo combina las características de la Revolución francesa con las de la aparición del islam». En cualquier caso, quién puede rebatírsele, «el resultado es algo radicalmente nuevo, que sólo puede ser comprendido mediante un esfuerzo de imaginación paciente y apasionado».

El libro de Casanova imaginó esa paciencia, ese apasionamiento empezando con un Nicolás II que no esperaba tener que abdicar dando fin con ello al dominio de la dinastía de los Románov, que había comenzado trescientos años antes. «De golpe, todo el edificio del Estado ruso se desmoronó.» Asimismo, el historiador revisaba cómo el declive del zarismo era algo que se estaba

fraguando desde mediados del siglo XIX, con derrotas militares y gestiones económicas desacertadas, y apuntaba el quid de la cuestión: una reforma que no lo fue del todo, pues con la abolición de la servidumbre en 1861, en una Rusia estancada y medieval, no se acababa con ese sistema esclavista que mantenía como siervos igualmente a veintitrés millones de personas, pues había un matiz definitivo: con esa ley eran emancipados, pero no liberados.

Por eso Casanova habla de dos Rusias, y de las tensiones y traumas que iban a vivir los más desfavorecidos, ante los privilegios de una nobleza que hasta tenía que recibir el pago por el lote de tierra que trabajaban sus campesinos y recibía también alicientes financieros por parte del Estado. Era la Rusia «oficial y la campesina, la de los terratenientes, jerarquía eclesiástica y burocracia imperial, frente a la gran masa de población, analfabeta y empobrecida», como en realidad ya había explicado el socialista Herzen. Es un país en el que el campesinado pretende lograr un más favorecedor modo de vida en las ciudades y no se ha desarrollado una verdadera burguesía industrial, donde el proletariado ni siquiera tiene el permiso para hacer huelgas, de modo que las protestas eran una iniciativa tan desorganizada como desesperada en el seno de unos trabajadores que vivían «en condiciones calamitosas, con el alcoholismo muy extendido y con epidemias, como el cólera» (por no hablar de la hambruna de 1891-1892, que costó la vida a casi medio millón de personas).

Semejante caldo de cultivo, basado en la represión y la ausencia de libertades y derechos civiles, propiciaría una oposición radical al sistema zarista, compuesta «por intelectuales, las élites educadas, lo que en ruso se llamó *intelligentsia*, estudiantes, escritores, profesionales, una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaban explotar cualquier rastro de descontento popular para conquistar el poder». Tal amalgama de ciudadanos cultos tendría más eco de lo que pudiera sospecharse en esa época violenta y paupérrima. Casanova afirma que «fueron ellos quienes establecieron una tradición de ideas, propaganda y agitación revolucionarias, antes de que, con el cambio de siglo, todo eso se plasmara en la creación de diferentes partidos socialistas que dominaron después el escenario político en 1917». Una comunidad que estaba distanciada tanto de la Rusia política como campesina y que, según algunos historiadores, tuvieron una influencia negativa en los acontecimientos al transformar quejas concretas en un rechazo absoluto del orden sociopolítico y económico. Para esos librepensadores, la única salida era la revolución, y su fanatismo al final daría sus frutos.

En su otro gran libro sobre la Rusia revolucionaria, *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso*, Pestaña ponía el acento en que, sea como fuere, y consciente de la existencia de tantos autores que se manifestaban en pro o en contra de tal acontecimiento, «la Revolución rusa, con sus defectos y virtudes, sus aciertos y errores, sus